

LA MEDITACIÓN Y LA IGLESIA ¹

John Main (1926-1982)

Hasta hace relativamente muy poco, mucha gente de la iglesia estaba bastante aprensiva y escéptica de la significancia religiosa de la meditación en nuestro tiempo – como lo estaban del interés general en el misticismo oriental. Nos ha llevado algún tiempo a todos nosotros darnos cuenta que un gran hambre espiritual ha surgido en nuestros contemporáneos, así como también darnos cuenta que este hambre espiritual es genuino. De hecho, es probablemente el movimiento más sorprendente del instinto religioso en los seres humanos que la mayoría de nosotros verá en nuestro tiempo de vida.

Ha sido asociado, es verdad, con algunas excéntricas, pasajeras e incluso cínicas personalidades y organizaciones, pero la autenticidad esencial de este movimiento está indicada por el hecho de que estos prodigios que pronto dejan de serlo, desaparecen y no se convierten en general en fanáticos. Como nuestros contemporáneos buscan la dimensión religiosa real de sus vidas, están cometiendo muchos errores depositando su fe en muchos falsos profetas, pero continúan volviendo al camino de la apertura sincera, el cual es la naturaleza esencial de su peregrinaje y de su búsqueda.

Si nos ha tomado un buen tiempo entender el poder de este hambre de espíritu, nos está tomando aún más tiempo darnos cuenta de por qué estas personas no están en general mirando a la Iglesia cristiana, al menos no a la Iglesia en su encarnación en occidente, para satisfacer su hambre.

¹ Este artículo corresponde al primer capítulo del libro de John Main “Community of love” – “Comunidad de amor”, recomendado por la Comunidad Mundial para la Meditación Cristiana para ser leído por los Postulantes y Novicios que aspiran a la Oblación Benedictina dentro de la misma. Noelia Valenzuela se ha ofrecido amable y generosamente a traducir el presente capítulo. Marina Müller realizó la revisión (WCCM de Argentina).

Para muchos, la Iglesia con toda su `eclesialidad` y su tímida preocupación por actualizar su propia imagen, pareciera ser prácticamente irrelevante para el sentido contemporáneo de esta búsqueda espiritual.

La actitud desinteresada y evasiva detectable en las respuestas de mucha gente de iglesia al moderno y no alineado fenómeno religioso, puede ser atribuida al miedo y a la confusión que quienes predicán enfrentan al predicar para aquellos que pueden darle todo el debido respeto social, pero aun así estimarlos irrelevantes para sus propios cuestionamiento y búsqueda espiritual.

El gran peligro de esto en la actualidad es el que ha habido desde que la Iglesia perdió el poder de innovar que tenía antiguamente – esto es, terminamos predicando para los ya convertidos. Es entonces sólo un pequeño paso el predicar para convencernos a nosotros mismos de que creemos, convencernos de que *nosotros* estamos convertidos.

La Iglesia, como Jesús, existe para los demás. Su poder y efectividad existen en proporción directa a su conciencia de esto. Únicamente en este estado espiritual de estar centrado en los demás – un sinsentido en la visión del mundo – puede la Iglesia en sí misma creer verdaderamente lo que está destinada a proclamar, porque únicamente entonces estará en estado de genuina experiencia, en el centro de su ser, la amorosa dinámica de la Buena Noticia.

La Iglesia no puede proclamar en forma efectiva una experiencia pasada – ciertamente no a una sociedad `moderna` tan autoconsciente como la nuestra. Solamente puede proclamar lo que esto es en estado experiencial – o para ponerlo en otras palabras, sólo puede proclamar *lo que es*. Esta es la condición para que la Iglesia recupere su relevancia. Y este estado del ser, del que he estado hablando, este estado de estar centrado en los demás es, por supuesto, el estado de oración.

En un tiempo de tan rápido cambio y contradicción en que hemos estado viviendo, es una persona valiente quien se lance a generalizar sobre el `estado de la Iglesia actual´ - una Iglesia que abarca sacerdotes de la guerrilla en Sudamérica, un movimiento carismático internacional y partidarios del Arzobispo Lefebvre.

La gente en la Iglesia de hoy está en diferentes niveles de realidad. Algunos nunca han sido ayudados a alcanzar un nivel genuino o maduro de experiencia cristiana y han permanecido preocupados por las facetas institucionales de la Iglesia.

Otros han encontrado que la cosa se pone tan difícil que han entrado a hurtadillas en una dulce irrealidad fabricada por ellos mismos, la preservación de lo cual ocupa todas sus energías y facultades. La llamada del Evangelio debería convocarnos a un encuentro y a una comunión con la maravillosa, actual realidad de la creación de Dios, redimida por el amor sacrificial de Jesús y compenetrada con su Espíritu Santo. Pero esta realidad ha sido perdida muy a menudo porque la llamada del Evangelio ha sido frecuentemente reemplazada por la ilusión religiosa - ya sea de tipo pietista o intelectual.

Si es difícil hacer un claro análisis acerca de la Iglesia actual, podemos quizás proyectar hacia adelante, hacia una visión de la Iglesia del mañana (de continuar en el presente rumbo). No estaremos sorprendidos de ver una Iglesia con pocos clérigos y ministros, congregaciones disminuyendo y edificios vacíos cumplimentando funciones sociales que, o bien cada vez tienen menor relevancia o bien son indistinguibles de aquellas llevadas a cabo por instituciones seculares.

La perspectiva es desalentadora, y para algunos, tan deprimente que abandonan la Iglesia por no querer quedar atados a un barco que se hunde. Y aquellos que se quedan, son a menudo tan atosigados con funciones administrativas que son más frenéticamente necesarios para servir a una institución en decadencia.

De esta manera, en una época en la que la conciencia general de toda la sociedad humana ha estado más intensamente sintonizada que nunca con la necesidad básica del poder estabilizante de las realidades espirituales perdurables, la Iglesia, por supuesto no totalmente pero sí en un grado bastante inaceptable, está dada vuelta hacia el lado opuesto – hacia sí misma, su imagen, sus problemas, su personal, su cambio de estructuras.

Es como si una ciudad sin electricidad iluminara sus calles con velas mientras yace sin explotar una gran fuente de energía en medio de ella; la cual podría iluminar no solamente la ciudad sino todo el campo a los alrededores.

La Iglesia siempre ha tratado y aún continúa tratando de encontrar la manera de unificarse con esta fuente de energía.

Está en la naturaleza de la Iglesia hacer esto, atraer toda la vida hacia sí misma, mientras construye el cuerpo de Cristo y se prepara para la plenitud cuando toda la creación será incorporada a la Iglesia porque todo será unido a Cristo.

La Iglesia ha intentado convencer a la mayoría de sus contemporáneos que puede satisfacer el hambre de experiencia de Espíritu con las riquezas de su propia vida y sabiduría, pero ha fracasado. Pero en su intento ha revelado que lo que tiene que hacer no es simplemente *decir* algo o *hacer* algo sino enteramente *ser* algo.

La Iglesia debe conocerse a sí misma con el júbilo del autoconocimiento que produce la frecuencia correcta y que atrae hacia sí misma las señales dispersas de sus contemporáneos perdidos. Esa frecuencia no es menos que la vida del Señor Resucitado, viva en el corazón de cada ser y que atrae a todo ser a la percepción consciente de sí mismo. La Iglesia conoce esta vida en el centro de su ser, la cual está en armonía con el centro de todo ser. La visible y multifacética Iglesia es por lo tanto, la forma visible del glorificado y universal Señor Jesús. La frecuencia de la persona de Cristo. Es una comunicación personal hecha con la autoridad del *conocimiento real*.

Es este tipo de conocimiento íntimo y auténtico el que nuestros contemporáneos están buscando. Y buscan esto mucho más seriamente que viajes de placer o `experiencias` alucinógenas – esos fenómenos superficiales de interés periodístico, que los medios nos alientan a identificar con la conciencia religiosa de nuestro tiempo.

Por supuesto que las distorsiones fácilmente pueden tener lugar. La búsqueda de conocimiento – la clase de conocimiento al que San Pablo constantemente exhortaba a la Iglesia primitiva a adquirir y profundizar – comienza con una intención buena y pura pero también requiere una seria disposición a la disciplina, paciencia y ascesis.

La palabra *guru* significa `aquel que es estable` y es esta cualidad de firmeza, estabilidad y el peso de la experiencia sabia, lo que se necesita para que la búsqueda de realidad espiritual sea concluida exitosamente, si, como dijo San Pablo, vamos a correr la carrera y ganar el premio.

La profunda conciencia religiosa de nuestro tiempo reconoce esto – y por consiguiente admite la búsqueda de gurúes en casa y en el extranjero.

Pero ¿dónde está la orientación de la Iglesia, su firmeza, su estabilidad, su sabiduría y su experiencia del poder siempre presente *del* gurú, el Señor mismo?

El clima espiritual de nuestra época está hecho de ambos, hambre de buscar un conocimiento absoluto y una profunda intuición del misterio del carácter *personal* de este conocimiento. No es un conocimiento que podamos obtener de la misma manera que adquirimos conocimientos de historia o de termodinámica. No es el conocimiento de un `curso de oración`. Estos son aumentos de nuestros bancos de memoria, posesiones que no participan enteramente del misterio de nuestra condición humana.

El conocimiento real del que hablamos, es diferente. El centro de conciencia, el agente inteligente, no somos nosotros mismos adquiriendo, saboreando, vivenciando y observando.

Este conocimiento no es algo que poseemos sino algo que nos posee a nosotros. Conocemos completamente sólo cuando hemos sido completamente conocidos.

Conocer en el sentido cristiano es ser tomado por el misterio del autoconocimiento de Cristo: su oración. El extraño y redimido rasgo de nuestro mundo bastante descabellado, es que ha sido conducido a esta más sensible y hermosa percepción espiritual. Una cultura que casi ha perdido su alfabetización y su potencial de comunicación inteligente, se las ha arreglado de algún modo para apoderarse de una seguridad más hermosa que la de muchas generaciones precedentes, de una verdad que muy sutilmente se puede vislumbrar entre las letras de una palabra y la repercusión de su significado.

Es una impresión la que a menudo ha dado una sabiduría anómala a muchos de los jóvenes que están buscando el camino hacia su significado pleno. ¿En qué otra época el libro de Thomas Merton “El Zen y Los Pájaros del Deseo” se hubiera transformado en un best-seller entre los jóvenes? ¿En qué otra época tantos se han enfocado tan valientemente en el principio fundamental del mensaje de Jesús - el que quiera encontrar su vida debe perderla?

Parezco haberme corrido demasiado rápido de la perspectiva desalentadora para la Iglesia del mañana, hacia la sensibilidad espiritual del mundo de hoy.

Para explicar dónde eventualmente sucederá el encuentro redentor entre estas dos cosas, déjenme volver a la Iglesia actual y mirar algunos de sus signos más esperanzadores. Porque después de todo, si vemos hacia adelante una Iglesia tan fracturada e impotente como podría llegar a estar institucionalmente, entonces eso no puede ser la Iglesia orientada por el Espíritu y fundada en la roca de Cristo.

La Iglesia es un océano. Se levanta, crece en un lugar y se va desvaneciendo en otro. Aquellos que han dejado el yo atrás para seguir a Cristo han dejado la orilla, están siendo llevados por el océano y movidos por la marea y el mar de fondo.

Los signos de esperanza en la Iglesia de hoy son aquellos rasgos de ella que coinciden con la conciencia religiosa y espiritual del mundo de hoy – los cuales por lo tanto ponen a la Iglesia en la misma frecuencia de sus contemporáneos.

He planteado que esto puede ser pensado como consistiendo en dos preocupaciones profundamente arraigadas: la primera por el hambre humano de conocimiento verdadero, la segunda por hallar y colmar lo personal.

El gran movimiento de oración que ha surgido en la Iglesia en cada continente, atestigua estos dos impulsos internos. Ellos no han asumido formas de expresión habituales y sin embargo se mantienen abiertos y receptivos unos con otros y con el mundo que los rodea.

Los grupos carismáticos y las casas de oración contemplativa apuntan de distintas maneras al mismo fenómeno. Para muchos de los jóvenes impulsados por el hambre espiritual, las nuevas comunidades cristianas de oración les están dando posibilidades reales de ser auténticos con su vocación, con su peregrinaje – muy a menudo después que han comenzado a perder la esperanza de conseguir un maestro o una comunidad donde puedan ser sensatos, serios y auténticos con su impulso interior.

Al menos esta ha sido nuestra experiencia, en nuestro centro de meditación monástica en Londres y en nuestra comunidad benedictina en Montreal.

Es evidente la importancia de estas nuevas comunidades de oración, que están redescubriendo la riqueza de la tradición cristiana de oración contemplativa. Para todos los que tienen seriedad, su pertinencia es urgente.

Más importante de lo que quizás imaginamos son las grandes personalidades cristianas de nuestra época – hombres y mujeres como la Madre Teresa, el Cardenal Suenens, Jean Vanier, personas cuyo entusiasmo (en el sentido original de la palabra) trasciende la división y el nacionalismo sectarios.

Ellos atestiguan el principio fundamental de convicción y experiencia cristiana: una vez que el compromiso - o en el lenguaje antiguo, la conversión -ha tenido lugar, estamos en el camino no del desarraigo, sino de la realización plena de nuestra condición humana; una vez que hemos perdido nuestra vida, de hecho, la encontramos. Ellos nos recuerdan también la promesa de Jesús, de que vino a traernos `vida, y vida en abundancia'. Esto es lo que nuestros contemporáneos están anhelando creer y vivenciar por ellos mismos.

La Iglesia está obligada a ayudarlos a hacer exactamente eso. Pero es tan fácil para nosotros hablar de `la Iglesia' de forma fatalista en el lenguaje de la política, la historia o la sociología - como si fuéramos meros espectadores o víctimas de los grandes sucesos que nos afectan. Los hombres y mujeres modernos siempre tienden a verse a sí mismos como una parte anónima del modelo desplegado cotidianamente por los diarios y la televisión, o tal vez de modo más insidioso, como observador imparcial, periodista universal o comentarista.

La tarea inmediata para los cristianos contemporáneos es que cada uno de nosotros se vea y se experimente a sí mismo como la Iglesia de la que hablamos. Que cada uno de nosotros nos sepamos a nosotros mismos como la presencia del Cristo vivo en nuestro mundo. Esta es la conciencia y la respuesta de las grandes personalidades que he mencionado, en las situaciones y responsabilidades en las cuales ellos se encontraron.

Tenemos que aprender a no ver más a la Iglesia como una compañía multinacional o una organización institucional. Si nosotros vamos a conocerla verdaderamente como el cuerpo vivo de Cristo del cual somos las células vivas con la vida de Cristo, entonces debemos redescubrirnos y revivenciarnos a nosotros mismos como *personas*, testigos personales y templos del Espíritu.

Dejar de ver a la Iglesia como un objeto, externalizándola de nosotros mismos y comenzar a verla como congruente con nuestra propia vida personal, significa que si examinamos el rol y la naturaleza de la Iglesia actual, estamos examinando el rol y la naturaleza que *nosotros* tenemos en el mundo concreto que habitamos.

Y por ende, si la Iglesia está fracasando en responder a las profundas necesidades religiosas de nuestros contemporáneos es porque, por alguna razón, nosotros, su gente y ministros, estamos fracasando en nuestra respuesta personal a Cristo. Sin la fuerza vital de esta respuesta, la cual tiene que originarse en nuestro más profundo interior, sin la confianza, autoridad y audacia que esto conlleva, podemos fracasar en proclamar a Cristo.

El misterio de la Iglesia como cuerpo de Cristo es el misterio de la condición humana. Ese misterio ejerce tal fuerza sobre nosotros que nos lleva a cada uno a vivir en plenitud la vida de Cristo en nuestra propia época y lugar, a profundizar nuestra experiencia y capacidad para vivenciar cada una de nuestras facultades humanas, a tener nuestros ojos abiertos a la belleza y al poder de la condición humana y de toda la creación en su progreso hacia su fuente y meta común.

Al ser así transformados - `renovados interiormente día a día´, como lo expresó San Pablo - nos tornamos *personalmente* unidos a Cristo. Latimos con su vida y al mismo tiempo descubrimos nuestra comunión con todos aquellos que han partido antes y todos aquellos que vendrán después de nosotros y que están abiertos al salvífico amor redentor de Jesús.

El misterio es Jesús: elevado, glorioso, completamente vivo. Es un misterio viviente que desborda las demarcaciones normales de nuestro pensamiento y sentimiento y que trasciende la capacidad de la estructura u organización humana de abarcarlo o encaminarlo. Es un misterio que nos abarca a nosotros - un misterio cósmico más allá de nuestra comprensión, pero *no* más allá de nuestra experiencia.

Es esta última convicción de que nosotros podemos experimentar este poder, la que lleva a nuestros contemporáneos a buscar esta experiencia en Oriente. `Las personas son transformadas aquí en la tierra por la primera resurrección que es la iluminación a la conversión; por ella pasan de la muerte a la vida...´, escribió San Fulgencio de Ruspe.

La primera experiencia de resurrección es encontrar nuestra propia armonía dentro y más allá de nosotros mismos. Porque este es el reino del misterio al que debemos permitir que entre dentro de nosotros, o que emerja desde dentro de nosotros, al nivel más profundo de nuestro ser, más allá de la cognición, más allá del pensamiento.

Tenemos que viajar hacia el cimiento de nuestro ser donde estamos, por naturaleza, abiertos a lo que San Pablo llama en Efesios `la plenitud de Dios mismo´. A este nivel de nuestra existencia, somos parte del resplandor del amor creador de Dios y allí estamos conscientemente abiertos a su plenitud porque somos `creados a su imagen´.

El renacimiento de la sensibilidad espiritual de nuestros contemporáneos debería llevarnos a escuchar esta plegaria de San Pablo con más profunda conciencia:

“Que él se digne fortificarlos por medio de su Espíritu, conforme a la riqueza de su gloria, para que crezca en ustedes el hombre interior. Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios”, Efesios 3:16-19.

Cuando la Iglesia primitiva proclamaba la Buena Noticia de esta manera, proclamaba el poder y la fuerza de trabajar nuestro interior. Ese poder y esa fuerza es Jesús habitando en nuestros corazones enamorados. La experiencia cristiana es descubrir este poder y esta fuerza en nuestro ser más íntimo.

En otras palabras, el atractivo poder del Evangelio es una *oportunidad* que amanece sobre nosotros y una *invitación* a atravesar las barreras egoísticas de nuestra vida, una cita a descubrir quiénes somos y a ser la persona que estamos llamados a ser: y todo esto experimentando la vida y el poder del Señor Jesús trabajando activamente, vigorizándonos en nuestro propio corazón.

Cuando una persona joven está buscando su propia identidad y hace esto con la sinceridad que ignora divisiones sectarias, es responsabilidad de la Iglesia colocar esta búsqueda en el contexto de la suprema realidad espiritual para la humanidad – el misterio cristiano. Debemos mostrar este misterio como el punto culminante del espíritu humano.

La Iglesia hará esto comunicando la vida que experimenta, no por dialéctica. Esto puede parecer difícil para nosotros, entrenados como estamos en la supremacía en curso de la dialéctica, pero escuchemos Efesios nuevamente:

“Él puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por encima de todo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo y la Plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas”, Efesios 1:22-23.

La experiencia cristiana que San Pablo testifica no es conceptual, no es principalmente comunicada por la Iglesia a nivel conceptual, nivel en el cual podemos tan fácilmente convertirnos en *un ignorante y un orgulloso, ávido de discusiones y vanas polémicas*, 1Timoteo 6:4.

La experiencia es mejor descrita como una transformación de conciencia, lo que San Pablo llamó la posesión cristiana de *la mente de Cristo*. La comunicación es espiritual y directa.

La Iglesia está presente conscientemente en la época y en la sociedad cuando nosotros como miembros del Cuerpo, estamos vivenciando esta transformación de conciencia y estamos en comunión con el poder y la gloria de Cristo trabajando en nuestro interior. Cuando de hecho, no teóricamente, experimentamos su amor trabajando en nuestros corazones.

Los cristianos a menudo se ponen muy nerviosos al usar este tipo de lenguaje – ¡y es entendible! No es el modo en el que la mayoría de nosotros hemos sido entrenados para pensar sobre nosotros mismos y la Iglesia. La Iglesia solía ser mirada como una computadora pre-programada que daba todas las respuestas si sabías cómo presentar tu pregunta: esto es ¡en términos escolásticos o fundamentalistas!

Gran parte de la contracción que la Iglesia ha sufrido en los años recientes es realmente debido a este modo de verla, lo cual es abominable para aquellos en rebelión de conciencia contra las fuerzas de nuestra sociedad que amenazan mecanizar y despersonalizar a los seres humanos. Esta esencia de la respuesta religiosa verdadera y los constantes desafíos que los hombres y mujeres religiosos encaran no es para retirarse de lo espiritual y de lo personal, no es para romper nuestra alianza elemental, que es nuestra creativa relación con Dios que es Espíritu.

El peligro de la idolatría es esta preferencia por lo mecánico y lo legalista: la preferencia, de hecho, por una aburrida repetición contraria a la dinámica de la conversión. El llamado de Jesús es para adorar al Dios que es Espíritu `en espíritu y en verdad`:

“Pero se acerca la hora, y ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”, Juan 4:23.

He hablado hasta ahora del profundo hambre religioso y de la sensibilidad espiritual de nuestros días. Creo que puede describirse mejor con las palabras de Jesús, palabras que quizás hemos escuchado como un mandamiento pero que ahora debemos oír como una declaración de libertad. El gran anhelo en los corazones de hombres y mujeres alrededor del mundo es de esta experiencia de adoración *en espíritu y en verdad*. Tienen hambre de encontrar el misterio del ser en lo más profundo, donde es sumamente personal. La búsqueda es de una auténtica experiencia de ellos mismos como lo creado, lo amado y lo redimido de Dios.

En el pasado nos hemos acercado a esto, que es la esencia del mensaje cristiano, casi completamente en términos teológicos o metafísicos, es decir, de una manera abstracta e impersonal. Incluso en los términos de la teología que hemos usado, hemos fracasado en alcanzar el necesario equilibrio teológico y la perspectiva apropiada de la trascendencia e inmanencia de Dios.

El desplazamiento del interés religioso por Oriente en nuestro tiempo, ha sido un intento de recuperar este equilibrio retornando a la aprehensión de la inmanencia de Dios, lo cual siempre ha sido más característico de las religiones de Oriente que de las de Occidente.

No hay dudas del hambre de nuestra época por el Dios interior. Y en este momento de la historia todos tenemos una oportunidad especial de entender las palabras de Jesús:

“Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho”, Juan 14:26.

El poder, el ímpetu, la calificada y auténtica alegría de la Iglesia primitiva derivaba justamente de esta experiencia que estaba `al tanto´ de la inmanencia de Dios, lo cual nosotros llamamos la morada del Espíritu Santo. Esto era una experiencia embriagadora, como revelan los registros escritos. Pero más que embriagadora y entusiasta, era una experiencia tan profundamente *personal* para aquellos que estaban abiertos a ella que reacomodaba completamente los patrones de realidad observable para el corazón y la mente iluminados:

“El que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente”, 2 Corintios 5:17.

La importancia de este testimonio de los primeros cristianos para nosotros es que no fue una experiencia de otro mundo, ni una que rechazara al mundo. Fue más bien una experiencia del más profundo significado de toda la creación, la cual fue vista como compenetrada con el poder del amor salvífico de Cristo,

“para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo una sola cabeza, que es Cristo”,
Efesios 1:10.

La experiencia hizo posible el aferrarse a lo absoluto, a la realidad trascendente, y al hacerlo, descubrir la verdadera identidad personal inmanente en la humanidad y en el mundo. Esta suprema determinación personal es Jesús. Esta es la búsqueda de nuestra época de *lo absoluto y lo personal* en una integradora armonía.

La Iglesia siempre ha sido verdadera consigo misma y convincente en su proclamación directa del Reino de Dios dentro nuestro – una proclamación que nos invita a descubrir quiénes somos. En *De Vera Religione* (1:39) por ejemplo, San Agustín lo colocó con apropiada claridad en términos que pocos de los jóvenes de hoy encontrarían dificultad en entender en su sentido original.

Uno subestima el conocimiento de sí mismo si lo considera vano, quietista o pietista. Nadie continúa como era cuando se conoce a sí mismo. `Conócete a ti mismo´ es por supuesto uno de los más antiguos lemas religiosos, desafortunadamente también uno de los menos observados: la mayoría de los lemas religiosos son observados. Pero es una cuestión de crucial importancia para cualquier intento de reconciliar la sensibilidad espiritual de nuestra sociedad no cristiana con la Iglesia.

En teología encontramos los mismos inconvenientes en términos de la Cristología `desde arriba´ (que enfatiza la divinidad de Cristo) o `desde abajo´ (que enfatiza la humanidad de Cristo).

La mayor parte de la discusión teológica es en gran medida irrelevante para nuestros contemporáneos a menos que por sí mismos hayan experimentado personalmente el poder del Evangelio de Cristo y se lo hayan comunicado en forma efectiva con autoridad.

Gran parte del sufrimiento y de la confusión asociados a la búsqueda espiritual de nuestros contemporáneos se debe al hecho de que es muy intuitiva, permanece desarticulada y pobremente entendida.

Esta es la oportunidad para la Iglesia de identificar las fuerzas desconocidas que están trabajando y de mostrar, con ejemplos de vida más que con teoría conceptual, que la meta hacia la cual esas fuerzas nos están conduciendo es, dentro de la experiencia cristiana, territorio conocido.

Las personas actualmente están buscando los frutos perennes del Espíritu: paz, libertad, alegría, liberación y poder de amar. Ante todo están buscando el coraje y la fortaleza para *ser*. Todos estamos conscientes con una percepción peculiar de que por este descubrimiento debemos asumirnos a nosotros mismos con lo más simple de nosotros, lo más elemental. Este es el trabajo preliminar que todos debemos emprender.

Como lo expresó San Agustín:

el hombre primero debe ser restaurado a sí mismo, hacer de sí mismo un escalón y elevarse desde sí a Dios.

Hombres y mujeres serios ven esto claramente en nuestro tiempo y comparten una conciencia universal – o un instinto pugnando por convertirse en conciencia – de que la cuestión es urgente así como personalmente desafiante.

Para emprender el trabajo tenemos que llamar en nuestro auxilio a todos nuestros recursos originarios, así como también a la experiencia acumulada de la gente. Si los peregrinos de hoy no están mirando a la tradición cristiana debe ser seguramente, en gran parte, debido a no ver entre nosotros suficientes hombres y mujeres que evidentemente hayan sido restaurados a sí mismos y quienes por tanto, conozcan la urgencia y la dimensión personal del peregrinaje.

Tenemos el Evangelio – la palabra inspiradora de Dios – pero a menos que la Palabra nos haya inspirado a nosotros a dejar el ego atrás y a seguir la luz de Cristo como discípulos íntimos, consecuentemente no podremos transmitir el Evangelio con su vida, verdad y poder efectivos.

La Iglesia como el Cuerpo de Cristo, como su presencia personal entre la gente, está constituida de tal manera que el Evangelio sin elementos de comprobación personal que lo autentiquen, es letra muerta.

El Evangelio demanda más de nosotros a medida que más lo vivenciamos. El compromiso interior y la entrega personal involucradas en el peregrinaje cristiano nos conducen dentro del más profundo ámbito del ser.

El trabajo de entrar a estos ámbitos donde nos convertimos en más bañados por la luz de Cristo, transforma lo que alguna vez sufrimos en lo que ahora disfrutamos.

Cuando todo está dicho – y después de todo, no mucho puede ser dicho o al menos no dicho muy bien, sólo puede ser conocido y compartido – la esencia del peregrinaje es la pérdida de nuestro ego en pos de descubrir nuestra verdadera condición humana – una condición humana que es encontrada en la persona del Señor glorificado.

No somos llamados a ser esclavos o aduladores o lacayos respecto al Evangelio, sino personas libres proclamando una verdad mucho mayor que nosotros, la cual hemos experimentado en nuestro ser más íntimo.

Somos llamados a ser personas de conocimiento que han llegado a ser personas completas. Al responder a este llamado se nos otorgan las facultades para responder al pedido de nuestros contemporáneos de orientación, inspiración y ante todo de *conocimiento de la Verdad*.

Gran parte de nuestra reticencia a responder este llamado en el pasado ha sido debido a la reticencia en hacer nuestro completo compromiso con el peregrinaje. Hemos optado por el cómodo rol social más que por una relación personal abierta y dinámica.

La disposición de nuestra época es la disposición a la oración, el hambre de un encuentro personal con lo absoluto y una realización de carácter personal.

La Iglesia en su modalidad humana está atestiguando esta misma hambre con todo su trastorno asociado y su reestructuración de prioridades. Pero no es suficiente observarnos a nosotros mismos simplemente reflejando un fenómeno universal. La Iglesia *comparte* pero porque su centro de conciencia, su corazón, es más grande que ella misma, y también guía.

Reconoce oh cristiano, tu dignidad. La Iglesia está llamada a enseñar y como en ningún otro tiempo, sus enseñanzas son urgentemente necesarias. No enseña a través de comités, organizaciones, informes o declaraciones públicas. Enseña a través de las personas. Enseña a través de nosotros – con tal que nosotros seriamente hayamos puesto los pies en el peregrinaje y comenzado nuestro encuentro personal con el Maestro.